



Los piratas fantasmas

W. H. Hodgson

El *Mortzestus*, un velero de tres palos^[1], tiene fama de ser una embarcación con mala estrella. Sin embargo, todo parece ir bien al principio... excepto por las sombras. Y es que al anochecer a veces se ven sombras rondando por las cubiertas y en lo alto de la arboladura^[2], unas sombras confusas y extrañas...

William Hope Hodgson, uno de los mejores escritores de relatos ambientados en el mar, nos deleita con una de las mejores historias de fantasmas de la literatura fantástica (sin duda la mejor de cuantas suceden en el mar) y logra mantener la tensión y el ambiente fantasmagórico en un *tour de force* que se prolonga página tras página.

Presentamos también el relato *El navío silencioso*, que era el final original de la novela, y que nos brinda la oportunidad de leer dos excelentes conclusiones para la misma historia.

H. P. Lovecraft, admirador incondicional de Hodgson, dijo a propósito de *Los piratas fantasmas*: «Es un relato poderoso sobre un barco condenado y espectral... Con su dominio de la ciencia marinera y su hábil selección de alusiones e incidentes para sugerir horrores latentes en la naturaleza, este libro alcanza a veces cimas envidiables de fuerza».

«Tan extraño como el trémulo destello de una luz
cadavérica
que brilla por la noche en la cresta inmensa de las
olas».

A MARY WHALLEY

*«Viejos recuerdos que brillan en medio de la no-
che mortal...
Estrellas calmas preñadas de dulces hechizos,
que contemplamos en la distancia perdida del Pa-
sado...».*

INTRODUCCIÓN

Los piratas nunca mueren

El *Mortzestus* es un velero de tres palos que se ha ganado a pulso su fama de tener mala estrella. La gente marinera habla mal de él, las tripulaciones que embarcan bajo sus palos no aguantan a bordo más de una travesía, capea espantosos temporales, soporta calmas chichas interminables, ha sido desarbolado varias veces y, por si fuera poco, se dice que está *embruado*. Y es que, a veces, al anoecer se ven *sombras*, unas sombras que rondan las cubiertas y suben a lo más alto de la arboladura.

Con estas premisas iniciales, William Hope Hodgson (1877-1918) aborda una de las mejores historias de fantasmas jamás escrita; sin duda, la mejor de las que tienen lugar en el mar, ese paraje fascinante, lleno de misterios y aventuras, y... cómo no: de terror.

Los piratas fantasmas bien puede ser considerada, por su longitud, una novela corta o un cuento largo. Generalmente, las mejores historias de horror son relatos bastante cortos, pues a nadie se le escapa la dificultad que entraña mantener un ritmo, un suspense, una tensión y unos elementos sobrenaturales durante una cantidad elevada de páginas, sin que la atención del lector decaiga y la obra naufrague (...y nunca mejor dicho). Henry James consiguió mantener estas premisas en *Otra vuelta de tuerca*, y arribar a los muelles del éxito, a pesar de que su relato también es bastante extenso. William Hope Hodgson, con sus *Piratas fantasmas*, logra de sobra llegar a ese incierto y difícil des-

tino (no así en la propia novela), y nos atreveríamos a decir que consigue perpetrar la mejor —y más larga— historia de fantasmas de la literatura fantástica ambientada en el mar. Como más o menos apunta Sam Moskowitz, *Los piratas fantasmas* es un festín literario de primera magnitud.

Esta opinión es compartida por muchos otros escritores y críticos reconocidos de cuentos de miedo; entre ellos podemos citar a H. P. Lovecraft, Clark Ashton Smith, Fritz Leiber y E. F. Bleiler.

H. P. Lovecraft, en *El horror en la literatura*^[3] dice de ella: «... es un relato poderoso sobre un barco condenado y espectral... Con su dominio de la ciencia marinera y su hábil selección de alusiones e incidentes para sugerir horrores latentes en la naturaleza, este libro alcanza a veces cimas envidiables de fuerza».

Clark Ashton Smith no se queda atrás: «... realmente es una de las pocas historias fantasmagóricas de gran extensión que logra mantener nuestro interés. ¡Está plagada de terribles y obstinados espectros que persiguen al lector mucho después de haber conseguido apoderarse del barco embrujado!».

Por su parte, Fritz Leiber, hace las siguientes consideraciones: «... en este libro de tanta longitud están presentes todos los cánones de las historias sobrenaturales desarrolladas por Lovecraft, James y otros... El relato se va adentrando progresivamente en un ambiente espectral, y la tensión aumenta ininterrumpidamente, de tal forma que no encuentro otra historia comparable a ella».

El reconocido crítico E. F. Bleiler opina de ella en *The Guide to Supernatural Fiction*: «... Brillante y repleta de términos marineros, nos encontramos ante una de las más grandes novelas del mar. Aunque, en cierto sentido, puede estar inspirada en *The Inheritors*, de Conrad y Hueffer, la supera en detalle y buena factura. Ensombrecida por otras dos novelas del autor consideradas más visionarias y espec-

taculares: *La casa en el confín de la tierra*^[4] y *The Night Land*, como obra de arte es muy superior».

Los piratas fantasmas vio la luz en 1909. Se trataba de su tercera novela, después de *The Boats of the «Glenn Carrig»* (1907) (otra excelente novela también ambientada en el mar) y *La casa en el confín de la tierra* (1908). Fue muy bien acogida por la crítica, pero aportó muy poco dinero al autor.

Una de las cosas que más llama la atención es la cantidad de términos marineros que aparecen en ella. Realmente, Hodgson conocía los barcos y el mar. Este hecho nos ponía en un dilema: aunque la historia puede ser leída sin prestar demasiada atención a toda esta ciencia marinera, era posible (y muy probable) que a veces el lector no supiese exactamente por qué lugar del barco andaba y, más importante aún, por qué lugar del barco andaban los fantasmas. Nos decidimos a poner notas explicativas con todas las palabras propias de la ciencia náutica que aparecen en la novela.

Junto con *Los piratas fantasmas* hemos incluido el cuento *El navío silencioso*, para completar así la edición de esta obra insólita. *El navío silencioso* era el final original, el último capítulo, de la historia y avatares del *Mortzestus*. Hodgson lo suprimió con la intención de venderlo como un relato independiente, y añadió otro final a *Los piratas*. De esta manera tenemos la gran suerte de leer dos finales diferentes para una única historia.

Los piratas fantasmas ha conocido varias ediciones en inglés, pero casi ninguna estaba completa: a muchas les faltaba el poema inicial, a otras el final primitivo, y a todas la dedicatoria y el prólogo del autor... Así pues, nos complace presentar al lector español la edición *verdaderamente* completa de *Los piratas fantasmas*. Realmente, el esfuerzo merece la pena; además, ya se sabe: *los piratas nunca mueren*.

JOSÉ MARÍA NEBRED
Rivas. Septiembre, 1999

PRÓLOGO DEL AUTOR

Este libro puede ser considerado el último de un grupo de tres. El primero se publicó bajo el título de *Los botes del «Glen Carrig»*; el segundo, como *La casa en el confín de la tierra*; por fin, este tercero, completa lo que, quizá, pueda ser considerado una trilogía; pues, aún cuando los tres difieren mucho en los contenidos, todos ellos coinciden en una determinada forma de tratar unos conceptos elementales. Con este libro, el autor cree que cierra una puerta, en cuanto a lo que a él concierne, sobre una determinada fase de su etapa creadora.

W. H. H.

EL SALMO DE LOS INFIERNOS

Cantor: ¡Dadle al cabrestante^[5], valientes!

Tripulación: Ahoo! ¡Aho!

Cantor: ¡Duro con esas barras, cabezas de alquitrán!

Tripulación: ¡Aho! ¡Aho!

Cantor: ¡Una vuelta más!

Tripulación: ¡Aho!

Cantor: ¡Preparados para zarpar!

Tripulación: ¡Aho!

Cantor: ¡Preparados para flotar!

Tripulación: ¡Aho!

Cantor: ¡Aho!!!

Tripulación: ¡ADELANTE! ¡En marcha vamos!

Cantor: ¡Escuchad cómo zarpan los barbudos lobos de mar!

Tripulación: ¡Silencio! ¡Oh, escuchadles marchar!

Cantor: Marchando, zapateando, pisando, improvisando, mientras recogen amarras.

Tripulación: ¡Escuchad! ¡Oh, escuchadles zapatear!

Cantor: ¡Rugen como las olas!

¡Rugen como las olas!

¡Hermoso ritmo que no descansa!

Tripulación: ¡Aho!!! ¡Oírles empujar!

¡Aho!!! ¡Oírles patalear!

¡Aho!!!! ¡Aho!!!!

Coro: ¡Ahora gritan! ¡Escuchadles aullar!

Un bramido más alto que su pisotear:

¡Ahooh! ¡Ahooh! ¡Ahooh!

¡Un rugido al son de su marchar!

Cantor: ¡Oh! ¡Escuchad al coro encantado en las barras del cabrestante!

¡Cantan bajo un golpear infernal!

¡Marchan a la luz de las estrellas!

Tripulación: ¡Aahooo! ¡Empuja y adelante!

¡Aahooo! ¡Aahooo!

Cantor: Escucha los lingüetes^[6] crujendo y a los barbudos marinos cantando;

Bajo la fría bóveda celeste

Braman detrás de las barras.

Tripulación: ¡Escuchad y callad! ¡Oírles!

¡Aahoo! ¡Aahoo!

Cantor: ¡Tumultuosas canciones lanzadas al cielo...!

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Aahoo!

Cantor: ¡Callad! ¡Escuchadles! ¡Silencio!

¡Oh, escuchad!

¡Escupiendo juramentos entre las vergas^[7]!

Tripulación: ¡Callad! ¡Escuchadles!

¡Silencio! ¡Escuchadles!

Cantor: ¡Marchando alrededor del las barras!

Coro: ¡Ahora gritan! ¡Escuchadles aullar!

Un bramido más alto que su pisotear:

¡Aahooo! ¡Aahooo!

¡Aahooo!

¡Un rugido al son de su marchar!

Cantor: ¡Oh, escucha la canción del cabrestante!

¡Rayos y truenos alrededor de los barcos!

Tripulación: ¡Cruje y chirría!

¡Hierva! ¡Explota en multitud de gritos!

Cantor: ¡Crujir, chirriar, mis muchachos, hasta que sea hermoso sonido!

Tripulación: ¡Aahoo! ¡Oírles chirriar!

Cantor: ¡Aahoo! ¡Crujir y chirriar!
Tripulación: ¡Silencio! ¡Escuchadles jadear!
 ¡Silencio! ¡Escuchadles vociferar!
Cantor: ¡Crujir! ¡Chirriar! ¡Crujir y chirriar!
Tripulación: ¡Aahoo! ¡Empuja y adelante!
Cantor: ¡Bulle! ¡No dejes de tirar!
Tripulación: ¡Aahoo! ¡Sin aflojar jamás!
 ¡Aahoo! ¡Crujir y chirriar!
Cantor: ¡Más rápido alegres lobos de mar!
 ¡Hacedlo fácil! ¡Hacedlo fácil!
Tripulación: ¡Aahoo! Haciéndolo fácil.
Cantor: ¡Crujir y chirriar! ¡Bullid! ¡No paréis!
 ¡Sin aflojar, sin aflojar! ¿Lo entendéis?
Tripulación: ¡Aahoo! ¡Aahoo!
Cantor: ¡Crujir y chirriar! ¡Mis bravos muchachos!
Tripulación: ¡Aahoo! ¡Empuja y adelante!
Cantor: ¡Alzad los lingüetes y tirad con suavidad!
Tripulación: ¡Aahoo! ¡Sin descansar!
Cantor: ¡Cese el canto! ¡Deje de girar el cabres-
 tante!
 ¡Que caigan los lingüetes!
 ¡A-ma-rrar!
Coro: ¡Aahoo! ¡Desmontar las barras!
 ¡Aahoo! ¡Tirad y adelante!
 ¡Aahoo! ¡Barras al hombro!
 ¡Aahoo! ¡Y allá vamos navegando!
 ¡Aahooo! ¡Aahoooo! ¡Aahoooo!

I. LA SOMBRA QUE SURGIÓ DEL MAR

Empezó sin más preámbulos.

* * * *

Embarqué a bordo del *Mortzestus* en Frisco^[8]. Había escuchado, antes de firmar, ciertas historias inverosímiles relacionadas con aquel buque; pero me encontraba demasiado aburrido en el puerto, y tenía tantas ganas de zarpar que no presté atención a semejantes habladurías. Además, todo el mundo lo decía, en cuanto al trato y la comida no había ninguna queja. Cuando preguntaba a los compadres que precisasen aquellos rumores, en general ninguno podía decir nada en concreto. Sólo acertaban a repetir que aquel buque tenía mala estrella, que había hecho largas travesías azotado por continuas tormentas y que era extraña la cantidad de veces que se encontraba con mal tiempo. También se contaba que había sido desarbolado en dos ocasiones y que la carga de las bodegas se había desnivelado. Y además de todo esto, otra serie de acontecimientos que pueden ocurrir en cualquier velero y que, en verdad, a nadie le gustaría que le sucediesen. Pero son cosas que tienen lugar con frecuencia y yo estaba dispuesto a asumir el riesgo con tal de volver a casa. A pesar de todo, y si hubiera podido elegir, habría embarcado en cualquier otro buque sin pensármelo dos veces.

Cuando dejé mi baúl, comprobé que el resto de la tripulación ya había sido enrolada. Debéis tener en cuenta

que todos los marineros de la anterior travesía se habían despedido nada más llegar a Frisco; bueno, todos menos un muchacho, un londinense de los barrios bajos, que había permanecido en el barco mientras estaba amarrado en el puerto. Llegó a contarme después, cuando le conocí mejor, que tenía intención de sacar su paga de aquel buque, y que no le importaba si los demás renunciaban a ella.

La primera noche que pasé a bordo pude darme cuenta de que, entre los demás marineros, era de lo más normal charlar sobre los misterios y habladurías que tenían relación con aquel barco. Hablaban del tema como si fuera un hecho comprobado que aquel buque estaba embrujado; pero se lo tomaban en broma; todos, excepto aquel muchacho londinense —Williams— que, en lugar de reír las chanzas sobre el asunto, parecía tomarse las cosas muy en serio.

Esta forma de actuar despertó mi curiosidad. Empecé a preguntarme si, después de todo, no habría algo de verdad detrás de aquellas difusas historias que había escuchado, y aproveché la primera oportunidad para preguntarle si tenía alguna razón para creer que había algo de cierto en las patrañas que se contaban acerca del navío.

Al principio mostró cierta reticencia, pero pronto se puso a hablar, y me dijo que no tenía conocimiento de ningún incidente en particular que pudiera ser considerado extraordinario, al menos en el sentido que yo le daba a entender. Pero que, al mismo tiempo, había un montón de pequeñas cosas que, si uno las juntaba todas a un tiempo, te daban que pensar. Por ejemplo, el barco siempre soportaba travesías demasiado largas y se encontraba muy a menudo con un tiempo detestable, y si no era así, le sorprendía una calma chicha o vientos de proa^[9]. Además, ocurrían otras cosas; velas^[10] que estaban bien aferradas, y él lo había comprobado momentos antes, y que se ponían a chasquear sueltas en medio de la noche. Y luego dijo algo que me sorprendió.

—Hay demasiadas sombras alrededor de este barco; te ponen los nervios de punta, jamás he visto una cosa semejante y no me parece en absoluto natural.

Había pronunciado aquellas palabras de golpe, y yo miré a mi alrededor y luego me volví hacia él.

—¡Demasiadas sombras! —exclamé—. ¿Qué diablos quieres decir?

Pero se negó a explicarse y no quiso decirme nada más; tan sólo sacudía la cabeza estúpidamente cada vez que yo le hacía una pregunta. Parecía haberse puesto de repente de mal humor. En realidad, yo pensaba que estaba actuando. Creo que lo que ocurría es que se sentía avergonzado por haberse puesto a hablar con tanta sinceridad, dando rienda suelta a los pensamientos que rondaban su mente sobre aquellas «sombras». Era de ese tipo de hombres que a veces piensa cosas pero que en contadas ocasiones las traducen en palabras. En cualquier caso, me di cuenta de que era inútil seguir preguntando, así que dejé el asunto para otro momento. Pero, durante los siguientes días, me sorprendí a mí mismo preguntándome repetidas veces sobre lo que habría querido decir aquel sujeto con eso de las «sombras».

Zarpamos de Frisco al día siguiente, empujados por una brisa fresca y límpida que parecía querer acallar todas las habladurías que había escuchado acerca de la mala fortuna del buque. Y sin embargo...

(Dudó unos momentos, y luego prosiguió).

Durante las dos primeras semanas de travesía no ocurrió nada extraordinario y el viento se mantuvo firme y constante. Empecé a pensar que, después de todo, había sido muy afortunado al poder embarcar en aquel navío. La mayoría de los marineros hablaban bien del barco, y pronto fue opinión general entre los tripulantes que todas aquellas habladurías acerca de que estaba embrujado eran meras patrañas y estupideces. Y entonces, justo cuando me estaba

acostumbrando a la rutina, sucedió algo que me abrió los ojos terriblemente.

Transcurría la guardia de prima^[11], de ocho a doce de la noche; me encontraba sentado sobre los escalones que suben al castillo de proa^[12], por la parte de estribor^[13]. Era una noche clara y había una luna espléndida. A lo lejos, hacia popa^[14], oí al que daba los cuartos tañer cuatro veces, y al vigía de cubierta, un sujeto bastante viejo llamado Jasket, que le respondía. Cuando soltó el cordón de la campana, descubrió que yo estaba allí sentado, fumando en silencio. Se inclinó por encima del pretil^[15] y me miró.

—¿Eres tú, Jessop? —preguntó.

—Eso parece —le contesté.

—Si esto fuese siempre así, podríamos traer a bordo a nuestras abuelas y al resto de las parientas con faldas —opinó, con aire pensativo, abarcando con un gesto de la mano en la que tenía su pipa aquel mar calmo y el cielo sereno.

No hallé motivos para contradecirle, y siguió hablando:

—Si este viejo cascarón está embrujado, como algunos parecen querer pensar, pues mira, lo que te puedo decir es que ojalá tenga la suerte de ir a parar a otro igual. Buena comida, pudín los domingos, tipos decentes en el castillo de popa, todo lo suficientemente confortable como para saber el terreno que pisas. Y eso de que está encantado, eso es una verdadera estupidez. He navegado a bordo de un montón de barcos de los que se decía que estaban embrujados, y en algunos era así, pero no se trataba de una cuestión de espectros. Estuve en un barco en el que no se podía pegar ojo durante tu turno de descanso si antes no habías revuelto el camastro y organizado una meticulosa cacería. Algunas veces...

En ese momento, el relevo, uno de los marineros ordinarios, subía por la otra escalerilla del castillo de proa y el viejo se volvió a preguntarle por qué diablos no había veni-